

obreros del Evangelio introduciendo en ellos pensamientos cristianos!

El cristianismo, al tomar del culto primitivo las formas e instituciones por las que había intentado satisfacer las necesidades religiosas de los pueblos, echaba nuevas raíces en sus corazones, y se convertía él mismo en uno de los principales elementos de su vida nacional. Fué un largo e inteligente trabajo de depuración al cual se entregó; a menudo, al descubrir bajo la espléndida vegetación de la liturgia el modesto retoño sobre el que la Iglesia ha injertado tantas maravillas, se detiene uno embargado de admiración ante esta obra fecundísima, aún no completada. Entre la innumerable multitud de costumbres religiosas de los germanos, las hubo que resistieron al trabajo de la conversión, que no se dejaron ni depurar ni eliminar, y todo lo que la Iglesia pudo hacer fué rechazarlas hasta las profundidades de la sociedad, como sedimento impuro en donde se puede encontrar todavía hoy, en medio de una especie de lodo infecto, lo que ha quedado del paganismo antiguo. Las supersticiones que se arrastran en las últimas capas de la vida intelectual, los regocijos bestiales que a intervalos periódicos continúan amotinando a la vez de las poblaciones civilizadas son las huellas fósiles del mundo bárbaro; su permanencia atestiguan lo largo de la lucha y hace apreciar, por contraste, la magnitud del triunfo obtenido.

No bastaba llevar la luz a los espíritus; era preciso también restablecer el orden en los corazones y extirpar las pasiones a la vez que los prejuicios. Esta parte de la obra civilizadora presenta aún más dificultades, pues las voluntades se defienden de distinta manera que las inteligencias: éstas no oponían más que resistencia pasiva; aquéllas, por el contrario, traducen en actos sus rebeliones y ponen al servicio de su obstinación todos los recursos de la fuerza bruta. El bárbaro convertido admitía que la religión derribase sus árboles sagrados, pero no toleraba que atacase al objeto de sus pasiones, y defendía sus vicios con más energía que a sus dioses. Nada tan terrible como los estallidos de su cólera y de su indignación en los momentos en que se veía en lucha con los enemigos de sus placeres: era la bestia que quería sacudirse el yugo, y cuya resistencia era tanto más furiosa cuanto más firme se mantenía la mano del domador. Se comprende que en estas condiciones la aversión contra el cristianismo haya revestido a veces en aquellas gentes de carne y sangre los caracteres del odio fanático y reflexivo que está uno acostumbrado a no encontrar sino entre los corrompidos de las sociedades decrepitas. He aquí un ejemplo muy notable: un día, cierto rey an-

glosajón cayó bajo el puñal de los asesinos; detenidos éstos e interrogados acerca del motivo del crimen, respondieron que no tenían nada que reprochar al rey sino que perdonaba demasiado fácilmente a los enemigos ¹.

La obligación del perdón de las injurias no era el único artículo de la moral cristiana que resultaba odioso a los recién convertidos; todos les parecían trabas para su libertad y afrentas para su orgullo. Para convertirlos en cristianos, la Iglesia hubo de seguirles paso a paso en su vida cotidiana, levantar frente a cada uno de sus actos protestas importunas, helar sus placeres más embriagadores con el aspecto de su tristeza o el acento de sus reproches. Era una misión de las más peligrosas, porque ponía todos los días a la autoridad religiosa en lucha abierta con las más caras pasiones del corazón, exponiéndola a encontrar entre los pueblos a tantos rebeldes como hijos contaba. Necesitaba hacer separadamente la educación de cada uno de ellos. Ya hemos observado de cerca aquella acción civilizadora en la sociedad romana; veamos ahora cómo se ejercita en el ambiente bárbaro. Será esto, si se quiere, el mismo cuadro con marco diferente, pero es tal el interés que inspira este gran asunto, que creemos asistir a escenas enteramente nuevas.

Como ya hemos visto, la Iglesia empezaba en todas partes la regeneración de la sociedad por la del individuo, velando sobre él desde el momento de su nacimiento. Apenas salido del seno materno, ya tenía necesidad de su protección, pues su existencia se veía amenazada por aquellos mismos de quienes la había recibido ². Se adelantaba la Iglesia hacia el desgraciado niño, derramando sobre sus tiernos miembros el agua de la vida eterna, y le declaraba inviolable, confiándolo a sus padres como depósito de Dios. Les mostraba el alma preciosísima de que eran guardianes y que latía bajo aquella frágil envoltura corporal; les enseñaba los deberes que la Providencia les había impuesto con relación al niño y les ayudaba a cumplirlos compartiendo sus solicitudes paternas. De esta suerte, el niño crecía bajo su manto, protegido, enseñado y guiado por ella, respirando desde sus primeros años la atmósfera de un mundo mejor que el de la barbarie, y penetrado, sin darse cuenta de ello, del espíritu invisible que entraba en su alma con el aire que respiraba.

Llegaba así un momento en la vida del joven en que los resultados de su educación cristiana adquirían bruscamente una importancia social de primer orden: era aquél en que su corazón y sus sen-

¹ BEDA, *Hist. eccl. Angl.*, III, 22.

² ALFRID., *Vita S. Liudgeri*, c. 6 (Mabillon).

tidos le repetían a la vez aquella amenaza eterna que dice: *Vae soli!* El porvenir de la sociedad civil dependía de las condiciones en que se fundara la sociedad doméstica; el derecho cristiano la quería pura en su origen, inalterable en su esencia, eterna en su duración. Pero el bárbaro no conocía semejantes escrúpulos; en el ardor irreflexivo de la pasión, sin respeto a las santas repugnancias del pudor, sin consideración a la majestad de las leyes misteriosas que presiden a la renovación de la raza humana, abría sus brazos al objeto que encontraba más cerca de él, en su familia, bajo su propio techo, y a menudo hasta en el lecho de su padre¹. La Iglesia le enseñó el horror sagrado de la sangre hacia sí misma, condenando con prohibiciones especiales los matrimonios incestuosos que manchaban a la familia en su frente y hacían reinar entre sus miembros, en vez de afecciones puras y desinteresadas, las concupiscencias deshonrosas de la familia animal². Tomando al joven de la mano, le condujo fuera de la casa paterna para escoger compañera; le prohibió fijar sus ojos sobre las doncellas a las que ya estaba ligado por vínculos de parentesco, ofreciéndole, por el contrario, ocasión de formar mediante el matrimonio lazos nuevos, pasando a ser miembro de dos familias.

Derramando después sus bendiciones sobre la unión que acababa de contraer, le enseñó los nudos indisolubles que le unían en adelante a aquella compañera que había escogido en la flor de su juventud y de su belleza, y a los que sus ingratos desdenes amenazaban con un repudio humillante cuando los años o los sufrimientos le hubieran arrebatado sus encantos³. No se contentó con proteger la seguridad de la esposa, sino que veló también por su dignidad, arrojando del lecho conyugal a las esclavas y a las concubinas que lo compartían con ella en tiempo de las costumbres bárbaras⁴, como también rechazando de la sucesión al hijo natural, a quien la costumbre germánica admitía a compartir la herencia con los hijos legítimos. Una sola mujer y para siempre: tal fué la sentencia de la Iglesia. Era dura, en verdad, para la sensualidad egoísta del hombre, pero misericordiosa y dulce para la debilidad y el pudor de la mu-

¹ *Anglo-Saxon chron.*, (a. 616); *BE-DA, Hist. eccl. Angl.*, II, 5; *Decretio Childebert*, II (Boretius, pág. 15.)

² *Conc. Epaon.*, c. 30 (a. 517); II, *Aurel.*, c. 10 (a. 533); *Can. Rom. ad Gallos episc.*, c. 9, 11; *Conc. Agath.*, c. 61 (a. 506); I, *Aurel.*, c. 18 (a. 511); *Arvern.*, c. 12 (a. 535); III, *Aurel.*, c. 10 (a. 538); IV, *Aurel.*, c. 27 (a. 541); III,

Par., c. 4 (a. 557); II, *Tur.*, c. 21 (a. 567); *Autiss.*, c. 27-32 (a. 578); III, *Lugdun.*, c. 4 (a. 583); II, *Matic.*, c. 18 (a. 585); V, *Par.*, c. 14 (a. 615); *Rem.*, c. 8 (a. 630); *Liptin.*, c. 3 (a. 745).

³ *Conc. II, Aurel.*, c. 11; *Suession.*, c. 9 (a. 744).

⁴ *S. Leonis Magn., Epist.*, 167, c. 4-6.

jer. De todas las leyes bajo las cuales doblaban su cerviz los neófitos, ésta es la que la Iglesia tuvo que recordarles más a menudo y la que a ella misma le costó más sudores y más sangre. Fué un combate largo y magnífico el que sostuvo en defensa del sexo femenino contra las ardientes concupiscencias de la carne pagana; durante siglos enteros, velando con cuidado exquisito alrededor de los gineceos en donde encerraba el tipo de la mujer cristiana, cubrió el umbral con cadáveres de sus obispos, hasta que las doncellas educadas bajo sus alas, criaturas sagradas y casi divinas, pudiesen salir por fin de allí y mezclarse sin temor a las olas de una sociedad que había aprendido a respetarlas.

Pero el bárbaro era aún más sanguinario que voluptuoso, y era más fácil purificar sus costumbres que calmar sus cóleras. En su recelosa susceptibilidad, siempre dispuesta a las violencias más extremas, y con aquella sed de matanza que a sus ojos era una virtud, se indignaba de la mansedumbre como de una prueba de cobardía; cifraba su orgullo en la venganza, y el hacer correr la sangre era para él verdadera voluptuosidad. El sacerdote le enseñó que la vida humana era cosa sagrada, que Dios mismo velaba por las existencias que había creado que pediría severa cuenta de ellas a los homicidas. El bárbaro empezó a comprender que el homicidio no se expiaba con el simple pago del *wergeld*, y que, después de haber indemnizado a los parientes de la víctima, aún tenía que dar cuenta ante una justicia mucho más terrible que la de los hombres¹.

Para suprimir la guerra privada y el ejercicio del derecho de venganza no bastaba con maldecir la efusión de sangre, sino que había que precaverla, apagando las discordias y las querellas. Los concilios levantaron la voz para imponer a los cristianos el deber de olvidar las injurias recibidas y reconciliarse con sus enemigos, llegando hasta amenazar con excomunión a los que rehusaren obedecer obligación tan santa². Tales exhortaciones no habían de producir muchos frutos durante los primeros años de conversión; por eso la Iglesia hubo de interponerse más de una vez, por medio de sus ministros, para intentar separar a los combatientes. Muchas veces la sangre de los desgraciados a quienes quería salvar salpicaba la túnica del sacerdote, cuando éste se arrojaba entre el vengador y su víctima. Sin embargo, era preciso que las pasiones se hubiesen des-

¹ *Conc. IV, Aurel.*, c. 28 (a. 541): *Quisquis homicidium voluntate commiserit, ita ut occidere audeat innocentem, si a principibus aut a parentibus quacunque re se reddiderit absolutum,*

pro modo poenitentia dstringendus in sacerdotis potestate consistat. *Conc. Rem.*, c. 9 (a. 630). Cfr. *S. BONIFAT., Epist.*, 10 (Jaffé, pág. 58.)

² Cfr. *Form. MARCULF.*, II, 18.

encadenado con violencia inusitada, para que todos quedasen sordos a una voz que suplicaba en nombre de la caridad y que amenazaba en nombre de la eternidad: "Si tienes compasión de tu hermano — decía esta voz— y respetas su vida, Dios será contigo y te dará la victoria; pero, si le haces perecer, perecerás tú mismo a los golpes de tus enemigos, y contigo tu mujer y tus hijos" ¹. No siempre eran atendidas tales palabras, pero se repetían todos los días, y, en las horas de calma, durante las que se acallaban las pasiones del corazón del bárbaro, se acordaba éste de sus avisos solemnes.

¿Cómo se decidió por fin a obedecerlas y dejó que su carácter fuera transformado a la larga por la gracia del Evangelio? Es ésta una historia muy interesante de contar con todos sus detalles, pero haremos de limitarnos aquí a indicar sólo sus fases: al principio, el bárbaro se comportó con el precepto como lo había hecho con la doctrina; no se sustrajo a él abiertamente, y hasta lo acogió en su corazón; pero, en lugar de someterse resueltamente a él, se limitó a compartir su alma entre la nueva ley y las pasiones antiguas. Aquellos hombres que sucesivamente rendían sus homenajes a Jesucristo y a Wodan obedecían también sucesivamente, según los casos, a las sugerencias de la gracia o a los arrebatos de la carne; tan pronto eran dulces y humildes cual corderos, como crueles e implacables cual fieras. Cuando se estudian los tipos de los bárbaros convertidos durante los primeros siglos, se queda uno admirado de las contradicciones que presentan y de los sorprendentes cambios de su natural, que hacen suceder enternecimientos llenos de lágrimas a accesos de furor, y generosos arrepentimientos a crímenes repugnantes; en la misma persona se encuentran sucesivamente el monstruo de ferocidad o el humilde penitente, y sucesivamente es también lo uno o lo otro con igual sinceridad y también con igual ardor.

Nada más interesante que descubrir, en los contrastes que presenta su conducta, la huella de las influencias opuestas a que ha obedecido; hay quien hace correr ríos de sangre ensañándose en sus enemigos, y se detendrá lleno de respeto ante el umbral del santuario en donde su víctima ha encontrado abrigo; es igualmente dócil a los impulsos de su natural cuando sólo éste habla, como a los de la religión cuando ésta se le atraviesa en su camino. En la horrorosa carnicería con que Clotario II manchó el triunfo que obtuvo sobre su tía Brunequilda, no perdonó más que a una víctima: a un niño de pocos años, del que era padrino; mientras pasaba a cuchillo a todos los que eran parientes suyos por naturaleza, el homicida real respe-

¹ GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, III, 6; IV, 52.

ta al pequeñuelo, de quien era padre por la gracia, escuchando la voz del Evangelio en el mismo momento en que permanecía sordo a la de la sangre ¹.

A hombres que trataban con tanta violencia a sus semejantes no era fácil enseñarles a respetar a sus esclavos; eran éstos numerosos en la sociedad bárbara, sobre todo después de los días de las conquistas y porque los azares de la guerra, lo mismo que el peso de la pobreza, no cesaban de aumentar su número. El hombre era considerado como presa que pertenecía al primero que llegaba con fuerzas suficientes para apoderarse de ella, y como mercancía de la cual podía uno desembarazarse siempre en uno u otro de los mercados de Europa; cada guerra arrojaba al mercado a miles de aquellos desgraciados, arrancados de sus hogares y vendidos allá lejos como vil rebaño. Los mares estaban infestados de piratas que se lanzaban en plena paz sobre las costas, a las que saqueaban, llevándose su población. La condición de la pobre gente que caía en tales manos era deplorable, y se puede decir que había empeorado desde el tiempo de Tácito, en que la pobreza del señor era una garantía para la seguridad del esclavo; habituados ya al lujo y a las costumbres refinadas de los romanos, los bárbaros habían aprendido también el arte de hacerse servir y necesitaban esclavos para satisfacer una multitud de necesidades que antes ni conocían. Todo rico tenía alrededor de su persona y bajo la amenaza de su mirada a numerosos seres humanos temblorosos y desarmados, víctimas, cuando se le ocurría, de su lujuria y de su crueldad; tenemos lúgubres ejemplos del grado de ferocidad a que llegaba a veces el señor, pues la ley permanecía muda e inmóvil ante sus mayores excesos, entregándole al esclavo en cuerpo y alma.

La Iglesia intervenía aquí con esa perfecta mezcla de prudencia y de firmeza que ha dado tanta solidez a sus conquistas; no se desanimó ante la inmensidad de la empresa, pero tampoco pretendió realizarla de un solo golpe e inmediatamente. ¡Cuántos disturbios se hubieran desencadenado, cuántas catástrofes irremediables no hubiera atraído sobre el mundo y sobre ella misma si al arrojar su anatema contra la injusta institución de la esclavitud hubiese incitado también a los esclavos a una libertad inmediata y sin condiciones! Tenía otros ejemplos que seguir, y los apóstoles le habían dado lecciones que aprovechó. No negó la autoridad de los señores sobre sus esclavos, sino que la aceptó como hecho social, mientras trabajaba constantemente por transformarla y depurarla. En vez

¹ *Chron. Fredegar.*, c. 42; cfr. GREG. TUR., I, *Hist. eccl. Franc.*, III, 23; XI, 9.

de romper violentamente el lazo personal de dependencia que ligaba el hombre al hombre, lo aflojó de tal modo que dejó al esclavo toda la libertad necesaria para vivir como hombre y como cristiano.

Para ello, no permitió que fuese vendido a paganos o a judíos, temiendo que éstos le obligasen a abjurar de su religión, o que aquéllos le inmolasen a sus dioses¹. Protegió su vida, declarando asesino y excomulgado al dueño que le matase en un arrebatado de cólera². Le devolvió su familia, declarando indisoluble el matrimonio que había contraído, aun cuando fuese a escondidas del señor y aun contra su voluntad³. Le conservó su patria y su hogar, prohibiendo venderle más allá de la frontera, destino ordinario de los esclavos germánicos de otros tiempos⁴. Le restituyó su dignidad de cristiano, concediéndole el descanso del domingo y reivindicando su libertad contra el dueño que quería forzarle a trabajar en el día del Señor. Realzado así, el esclavo ya no lo era, aunque continuase llevando tal nombre, pues ese nombre ha cambiado de significación, al subir de grado, si puede decirse así, el hombre que lo llevaba.

¿Queremos darnos cuenta, con un ejemplo sorprendente, de la inmensidad del progreso realizado así en la condición de las clases desheredadas? Sigamos, en su itinerario a través de las lenguas, las voces con que los germanos, los romanos y los celtas designaban al esclavo; los primeros le decían *late* o *lazze*, los otros *servus*, los últimos *vassus*. Ahora bien, en la Edad Media, el primero de estos vocablos (*lite*) no designa más que al liberto; el segundo (*siervo*) ha tomado la significación de *colono*; el tercero (*vasallo*) tiene un valor honorífico y se aplica a relaciones que llevan impresa una verdadera nobleza. En cuanto al *esclavo* auténtico, a la cosa humana que se compra y se vende, que se corrompe o se mata a voluntad, no se le encuentra ya en la sociedad cristiana; su desaparición es tan completa, que el historiador que quiere buscar allí la clase servil, no encuentra más que una sombra de ella, es decir, una población rural que vive tranquila y respetada bajo la protección de la cruz.

No hubiera podido obtenerse tan buen resultado, ni tan pronto ni en tal grado, si la Iglesia no hubiese cortado desde luego las raíces por las que esta odiosa institución penetraba hasta las entrañas de la sociedad. En virtud del derecho de guerra, tal como lo practicaba el mundo bárbaro, todo prisionero se convertía en esclavo, viéndo-

¹ Conc. Rem., c. 2; Liptin., c. 2; S. BONIFAT., *Epist.*, 28 (Jaffé).
² Conc. Epaon., c. 24 (a. 517).
³ *Form. Andeg.*, c. 45 y 59 (Zeumer); GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, V,

³; cfr. Conc. IV, Aurel., c. 24.

⁴ Conc. Cabill., c. 9 (a. 650); cfr. TACIT., *Germania*, c. 24, y *Lex alic.*, XXXIX, 1.

se arrancado para siempre de su país y de su familia; aún no había llegado el momento en que el pensamiento cristiano pudiera intervenir victoriosamente en las luchas de los beligerantes para regular sus condiciones y apartar de ellas las violencias innecesarias; era preciso sufrir aquellas explosiones periódicas del natural indómito; había que dejar por completo a la barbarie el dominio de la guerra, limitándose a atenuar sus fatales consecuencias. Tal fué la tarea que se impuso la Iglesia y que se puede resumir en una expresión: el rescate de los cautivos.

El santo celo de los misioneros no se dejó aventajar por el ardor profano de los mercaderes de esclavos; por más que éstos corriesen los mares en busca de carne humana con que mantener su tráfico, los enviados de Jesucristo corrían tras ellos, con la noble ambición de rescatar a todos aquellos a quienes la guerra había hecho víctimas de cautiverio. La Iglesia consagró lo mejor de sus recursos a esta obra de redención, y, cuando había vaciado por completo sus tesoros sin haber podido salvar a todos, entonces, aplicando una derogación sublime a las prescripciones que protegían los bienes eclesiásticos, quebraba bajo el martillo de los mercaderes sus objetos de oro y plata, sacaba a subasta los vasos y ornamentos sagrados, se despojaba de todo y dejaba en la indigencia a sus altares que adornaba con orgullo tan generoso, antes que dejar consumirse entre cadenas a una sola criatura humana¹. *Redentor de cautivos* es uno de los títulos que los hagiógrafos de la época dan más a menudo a sus santos; parecía como si, al trabajar por merecerlo, tratasen de imitar más fielmente a un Dios que había rescatado a todos los hombres.

Infinidad de gentes fueron devueltas así a la libertad en todos los puntos de la Europa cristiana. ¿Quién podría contar los desgraciados salvados por los grandes libertadores Aidán de Lindisfarne, Amando de Tongres, Cesáreo de Arlés o Germán de París? En este último era una pasión y como una necesidad imperiosa el rescate de esclavos: era casi una locura. Este gran hombre, que había dado libertad a cautivos de todos los países —españoles, vascos, bretones, irlandeses, sajones, borgoñones— tenía momentos de tristeza y de abatimiento extraños: era cuando, después de haberlo dedicado todo a su obra predilecta, no tenía los recursos necesarios para continuarla. Su único consuelo era entonces obtener otros que alcanzasen para rescatar siquiera una persona; si, por el contrario, le llegaba algún ingreso inesperado, toda su alma se inundaba de gozo y exclamaba: *¡Bendigamos al Señor, que ya tenemos con qué hacer*

¹ Conc. Rem., c. 22 (a. 630); S. GREG. MAGN., *Epist.*, VII, 13 y 28.

nuevos rescates! Se serenaba entonces su frente, su paso parecía más vivo y su palabra más abundante; se hubiera dicho —continúa su biógrafo— que se rejuvenecía y que él mismo era quien acababa de ser rescatado de la esclavitud¹.

Mientras que por un lado la Iglesia se esforzaba en agotar la fuente principal que alimentaba la servidumbre, por otro trabajaba, si así puede decirse, en vaciar sus receptáculos: hacía marchar a la par la manumisión de los esclavos y el rescate de los cautivos. Sabido es que, desde el primer día en que le fué permitido mostrarse en público, no se avergonzó de abrir sus santuarios a la augusta ceremonia de la manumisión, y que las leyes romanas habían reconocido su saludable protectorado sobre la libertad de los esclavos. Tan glorioso privilegio lo conservó igualmente bajo los bárbaros. Merced a ella, la manumisión, despojándose de su carácter social, se transformó a la larga en un acto enteramente religioso, y los mismos bárbaros, renunciando a sus antiguas costumbres, se habituaron a no manumitir más que según su rito y en sus santuarios. Y esto se comprende: era ante todo para agradar a Dios y para adquirir méritos espirituales por lo que se daba libertad a los esclavos. Todas las fórmulas de actas de emancipación que nos han legado los primeros siglos de la Edad Media atestiguan el pensamiento religioso que las ha dictado. "No hay que retener en cadenas a aquellos a quienes Cristo ha hecho libres por el bautismo, pues ante sus ojos no hay diferencia de condiciones, sino que todos son iguales ante Él." Así se expresan los bárbaros convertidos al cristianismo en el momento en que proceden, al pie del altar y a la vista del obispo, a la obra de caridad por excelencia². Francos, anglosajones y visigodos hablan en esto el mismo lenguaje, que se encuentra hasta en los labios de aquel feroz rey de los lombardos, Astolfo, al declarar que es obra meritoria el manumitir a los esclavos, porque el Redentor del género humano se hizo esclavo por rescatarnos a todos.

¿Qué valor tenía, sin embargo, una libertad tan generosamente ofrecida, y cuáles eran sus garantías? Cuando se veía todos los días a oleadas de hombres libres precipitarse en la servidumbre para buscar en ella refugio contra las miserias de la independencia, ¿valía la pena tomarse el trabajo de romper las cadenas de la esclavitud para arrojar a los pobres manumitidos, solos y desprovistos de todo, en me-

¹ FORTUNAT., *Vita S. German.*, París, c. 74.

² *Form. Andeg.*, 23; *Arvern.*, 3-4; *MARCULF.*, II, 32-34; *Tur.*, 12; *Bituric.*,

9; *Cart. Senon.*, 1 (Zeumer). Cfr. S. GREG. MAGN., *Epist.*, VI, 12; S. BONIFAC., *Epist.*, 10 (Jaffé).

dio de un mundo anárquico en que su debilidad y su pobreza los exponían a todos los peligros? La verdadera libertad no existe sin la seguridad, y ésta no podía encontrarse más que bajo el patronato de un poder bastante benévolo y bastante fuerte para hacer respetar a sus protegidos. La Iglesia no se limitó a acoger en su clientela a los desgraciados que no se sentían con fuerza para llevar el peso agobiador de la libertad, sino que retuvo también en ella, mediante flojos lazos de dependencia, a los manumitidos que habían sido emancipados bajo sus auspicios, y cubrió sus personas y sus bienes con su propia inviolabilidad. Entrados así al servicio de alguna Iglesia, se convertían en protegidos del santo que era su patrono. Valía muy poco entonces ser libre, y ni el glorioso título de *franco* bastaba para proteger a quien no era bastante fuerte para hacerse respetar; pero valía mucho, por el contrario, poderse llamar el hombre de San Martín o de San Remigio, pues había tanto provecho como honor en participar de uno de estos bandos pacíficos, y en ser, si puede llamarse así, el *antrustión* de un santo. En su sagrado hogar se encontraba un abrigo contra la tempestad, y, aguardando días mejores, se hacía allí el aprendizaje de la libertad total.

Todos estos progresos en las relaciones sociales eran coronados por el progreso del espíritu de caridad; a medida que el hombre aprendía a conocer mejor sus deberes para con sus semejantes, su carácter se suavizaba, y la ley del amor extendía su imperio. La Iglesia había llevado hasta los confines del mundo civilizado la gloria de un hombre que, para vestir a un pobre, había partido su ropa por la mitad; cada catedral tenía su matrícula, en la cual estaban inscritos los nombres de los indigentes que vivían de sus larguezas, a los cuales distribuía por lo menos el tercio de sus rentas. Limosnas inagotables afluían todos los días de sus manos a las de los pobres; no olvidaba a nadie, ni a los peregrinos, a quienes abría de par en par las puertas de sus *xenodoquios*, ni a los enfermos e inválidos, que recibía en sus hospicios o que hacía visitar a domicilio¹, ni a los leprosos, secuestrados del resto de los hombres, pero sobre los cuales velaba la caridad del obispo², ni a los desgraciados encarcelados, que veían todos los domingos al arcediano descendiendo a su infecto calabozo para llevarles consuelos y socorros³.

Después de dar tales ejemplos, la Iglesia tenía derecho a exigir mucho de la caridad de los fieles. No hubo enfermedad tan repugnante ni angustia tan horrible, que no consiguiese mediante su voz llama-

¹ Conc. V, Aurel., c. 15 (a. 541); *Vita S. Caesarii*, c. 41.

² *Ibidem*, c. 21.

³ *Ibidem*, c. 20.